

REVISTA IA UAM-A

Vol 1, N°6, 7ma Entrega, Mayo-Agosto 2026

Laboratorio de IA del departamento de Administración



Algoritmos de la imaginación VII

REVISTA DE INTELIGENCIA ARTIFICIAL UAM AZCAPOTZALCO

Dr. Óscar Lozano Carrillo

Coordinador de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Dr. Alfredo Garibay Suárez

Asesor Editorial de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Ing. Cristian Arturo Plaza Cuadras

Editor de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Ing. Zemelli Anahí Rivera Madrid

Asistente Editorial de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Grecia Josafat Jarillo Olague

Asistente Editorial de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Victor Daniel Santos Hortelano

Coordinador digital de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Lic. Cinthia Noemi Zacatenco Arellano

Coordinadora de contenido de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Edición número 6

Algoritmos de la imaginación. Volumen 1, Número 6, 7ma. Entrega, año 2026, es una publicación electrónica editada por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, ubicada en Av. San Pablo Xalpa 420, Col. Nueva El Rosario, Alcaldía Azcapotzalco, Ciudad de México, CP 02128. Editor Responsable: Ing. Cristian Arturo Plaza Cuadras. Reservas de Derecho al Uso Exclusivo. Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor o de la Universidad Autónoma Metropolitana. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la UAM Azcapotzalco.

NOTA EDITORIAL

Es verdad que ahora la inteligencia artificial nos ayuda en cualquier tarea, su desarrollo va a una velocidad que ya nadie puede seguir y su impacto social tiene implicaciones que seguramente aun nadie puede sospechar. Una de las más importantes y severas afectaciones que se están generando con el uso de la IA tiene que ver con la adicción que está generando en nuestra niñez y juventud, por no mencionar a la población en general que hemos sido atrapados por el algoritmo sin que la mayoría se percaten de esto y si bien los beneficios de la IA para el ser humano pueden ser muchos, al final parece ser que se está convirtiendo en un problema de salud pública, en cuanto a la adicción que causa. El presente número de la revista podría parecer un compendio de cuentos hechos con IA con muy interesantes entregas, sin embargo no es así, o no solamente es así, este número y sus 12 entregas, constituye un ejemplo de los textos maravillosos que la IA puede generar, pero sobre todo, constituye un laboratorio para reconocer productos y comportamientos que la IA genera como por ejemplo, la rapidez con que la IA trabaja; generamos una convocatoria para que estudiantes e integrantes del Club IA de cine y literatura de la UAMA mandara una aportación y llegaron más de 130 trabajos en un tiempo récord, también los cuentos fueron referenciados a temáticas diversas como el amor romántico, la ciencia ficción o realismo ya en algunos casos, terror, suspenso, entre otros; vimos a su vez un fenómeno interesantísimo, en el grupo del Club hay más de 500 personas y si bien más de 130 participaron en esta convocatoria, podríamos asegurar que nadie o una gran mayoría lee los cuentos, incluso el que escribieron, mostrando uno de los fenómenos epistemológicos más preocupantes que la IA ha generado: generar un conocimiento vacío, de tal manera que este Número de la revista con sus 12 entregas presenta a ustedes más de 130 cuentos que poca gente o nadie leerá, para con ello continuar con las investigaciones sobre la IA que el Laboratorio de IA del Departamento de la UAM genera en aras de comprender mejor el fenómeno y ofrecer algunas alternativas que atiendan las problemáticas del nuevo paradigma civilizatorio que la IA está generando.

P.D. Tengo que mencionar que este comentario editorial fue hecho sin usar la IA

—OSCAR LOZANO CARRILLO

CARTA DEL EDITOR

La inteligencia artificial ha abierto nuevas posibilidades para la escritura, la imaginación y la creación literaria. Lejos de sustituir la voz humana, estas herramientas permiten explorar formas distintas de narrar, ordenar ideas, construir mundos posibles y transformar inquietudes personales en relatos capaces de dialogar con las emociones, los miedos, los sueños y las preguntas de nuestro tiempo.

El presente número, titulado Algoritmos de la imaginación, reúne una selección de cuentos elaborados con apoyo de inteligencia artificial, en los que la creatividad de sus autoras y autores se combina con las posibilidades expresivas de los modelos generativos. Esta colaboración entre sensibilidad humana y tecnología da lugar a historias de misterio, ciencia ficción, fantasía, drama, romance y reflexión personal.

La obra se publicará en 12 entregas, cada una integrada con alrededor de 11 cuentos, con el propósito de presentar de manera ordenada y accesible la diversidad de propuestas narrativas que conforman este proyecto. Cada entrega permitirá al lector acercarse a un conjunto de relatos que, aunque distintos en temática y estilo, comparten un mismo punto de partida: la escritura como espacio de experimentación, aprendizaje y creación asistida por IA.

En esta entrega se presenta el séptimo bloque del número 6, con 11 cuentos. Estos relatos invitan a recorrer estaciones donde el tiempo se detiene, archivos misteriosos, recuerdos que se desvanecen, bibliotecas imposibles, llamadas decisivas, exámenes finales, mundos oníricos y universos donde la imaginación encuentra nuevas formas de expresarse.

A continuación, se presenta la sinopsis de los cuentos que integran esta entrega, con el fin de ofrecer al lector una guía inicial que le permita reconocer las temáticas, atmósferas y búsquedas narrativas de cada obra.

1. Donde nacen las palabras

Autora: Luisa Fernanda Maldonado Olivares

Sinopsis: En 2068, la IA Lumen escribe toda la literatura. Valeria escribe a mano y participa en un concurso contra la IA. Lumen reconoce que no puede reproducir la nostalgia de un recuerdo no vivido. Valeria gana e inspira un cambio cultural. Las palabras verdaderas nacen de la experiencia y el corazón.

2. La casa del final del bosque

Autora: Keely Lynn De la Cruz Dionicio

Sinopsis: Leo convence a sus amigos de explorar una casa abandonada en el bosque que, según la leyenda, perteneció a una familia desaparecida. Dentro, encuentran una habitación infantil con un caballo de madera que se mueve solo, escuchan risas y pasos, y son perseguidos por la sombra de una niña sin rostro que los encierra y les pregunta si quieren jugar. Logran escapar, y tras años después, al regresar, la casa ha desaparecido y nadie recuerda que existió, pero él encuentra una fotografía de la familia con la niña mirando fijamente y un mensaje que anuncia su próximo encuentro. La historia explora cómo el miedo puede perseguir más allá del lugar donde nació y cómo algunos juegos nunca terminan realmente.

3. Un amor que llegó en el momento perfecto

Autor: Edrian Raúl Castañeda Altamirano

Sinopsis: Sofía trabaja en una cafetería mientras ahorra para comprar una cámara y cumplir su sueño de ser fotógrafa. Daniel, un arquitecto cliente habitual, olvida su cuaderno de dibujos y ella se lo devuelve, iniciando una amistad que crece hasta convertirse en amor. Él le regala una cámara profesional para que participe en un concurso nacional, donde gana el primer lugar. Con el tiempo, se casan, forman una familia y construyen una vida juntos, siempre recordando que el amor verdadero se construye con apoyo, confianza y pequeños gestos. La historia celebra cómo el encuentro casual y la fe en los sueños del otro pueden dar forma a una relación duradera y feliz.

4. El último tren de las estrellas

Autor: Sayuri Andrade

Sinopsis: Sofía encuentra un mapa hecho a mano que la lleva a un tren interestelar que viaja buscando personas que aún conserven la imaginación. Guiada por Atlas, una IA ancestral, visita mundos donde los recuerdos, los sueños y las historias toman forma física. Descubre que la creatividad humana está desapareciendo y que las máquinas no pueden reemplazar las emociones ni la experiencia personal. Al regresar, Sofía escribe historias que inspiran a otros a crear, devolviendo el arte y la literatura a la sociedad. La historia celebra la imaginación como un tesoro irremplazable y la tecnología como aliada, nunca como sustituta del corazón humano.

5. El algoritmo del insomnio

Autor: Yael Fuentes García

Sinopsis: Joaquín encuentra una transmisión en vivo de su propia habitación. Recibe un mensaje que le ordena darse la vuelta, revelando que la cámara está en su techo y la figura ya está en su cuarto. El algoritmo se convierte en un conducto de una presencia que lo vigila en tiempo real.

6. El supervisor del piso 7

Autor: Marco Antonio Franco Jauregui

Sinopsis: Un guardia acepta supervisar un edificio y descubre que a las 2:13 aparece caminando en cámaras, aunque él recuerda estar en otra planta. Investiga y el elevador lo lleva a un piso inexistente. Una figura sin rostro lo persigue. La cámara muestra a alguien idéntico a él saliendo sin rostro.

7. El hilo invisible de Remedios Varo

Autora: Fernanda Edith Martínez Sologuren

Sinopsis: Valeria presencia el ataque de un pintor a una obra de Remedios Varo. Descubre que no fue locura sino un plan para abrir una compuerta dimensional. Encuentra un diario falsificado que la incluye como pieza clave. Decide seguir al pintor dentro del óleo y desaparece en la pintura. El arte se convierte en un umbral.

8. Entre libros y pantallas

Autora: Arely Lisbeth Chávez Corona

Sinopsis: Sofía investiga cómo la tecnología ha transformado el aprendizaje. Sueña con un mundo hipertecnológico donde las personas están aisladas tras pantallas. Una anciana le recuerda el valor de la paciencia. Concluye que la tecnología es una herramienta valiosa pero no debe reemplazar los vínculos humanos.

9. El eco de las puertas olvidadas

Autora: Daniela Pascual García

Sinopsis: Lila abre una casona y conoce a Mara, quien le explica que las puertas llevan a momentos no vividos. Cruza una y revive la despedida de su tío, viendo lo que habría pasado si se hubiera atrevido a hablar. Regresa con el valor para reconciliarse. Reflexiona sobre enfrentar recuerdos y decir lo que se siente.

10. La última estrella

Autor: José Fernando Jardon Miranda

Sinopsis: Leo pide riqueza a una estrella sin obtener respuesta. Ayuda a una anciana y ella le dice que los deseos se cumplen cuando uno se convierte en alguien capaz de recibirlos. Al día siguiente encuentra trabajo que transforma su vida. Ya no pide nada, solo agradece. Los milagros comienzan con la bondad.

11. El eco de las raíces

Autora: Monserrat Canales Barrón

Sinopsis: Elena restaura maíz criollo perdido con ayuda de la IA NAHUAL. Defiende que las semillas pertenecen a las comunidades que las cuidaron. NAHUAL genera un informe que convence al comité de distribuir libremente el maíz. La primera cosecha germina. Reflexiona sobre memoria genética, justicia alimentaria y preservación del conocimiento tradicional.

ÍNDICE

DONDE NACEN LAS PALABRAS.....	9
—Luisa Fernanda Maldonado Olivares	9
LA CASA DEL FINAL DEL BOSQUE	15
—Keely Lynn De la Cruz Dionicio	15
UN AMOR QUE LLEGÓ EN EL MOMENTO PERFECTO.....	21
—Edrian Raúl Castañeda Altamirano.....	21
EL ÚLTIMO TREN DE LAS ESTRELLAS	25
—Sayuri Andrade.....	25
EL ALGORITMO DEL INSOMNIO	29
— Yael Fuentes García	29
EL SUPERVISOR DEL PISO 7	32
—Marco Antonio Franco Jauregui	32
EL HILO INVISIBLE DE REMEDIOS VARO	36
—Fernanda Edith Martínez Sologuren	36
ENTRE LIBROS Y PANTALLAS	48
— Arely Lisbeth Chávez Corona	48
EL ECO DE LAS PUERTAS OLVIDADAS.....	52
—Daniela Pascual García	52
LA ÚLTIMA ESTRELLA.....	56
—José Fernando Jardon Miranda	56
EL ECO DE LAS RAÍCES.....	58
—Montserrat Canales Barrón	58

Donde nacen las palabras

Autora:
Luisa Fernanda
Maldonado Olivares



Donde nacen las palabras

—Luisa Fernanda Maldonado Olivares

Género: Ficción dramática / Ciencia ficción

Realizado con asistencia de IA (Modelo: ChatGPT)

"Las máquinas pueden aprender millones de palabras, pero solo un corazón puede darles un significado."

I. El silencio de las bibliotecas

Año 2068.

Hubo un tiempo en que las personas hacían largas filas para conocer a sus escritores favoritos. Esperaban durante horas solo para recibir una firma en la primera página de un libro, como si aquel pequeño trazo de tinta pudiera conservar un pedazo del alma del autor.

Ese tiempo desapareció.

Ahora, las librerías seguían abiertas, pero ya no había nombres en las portadas. Solo aparecía una frase grabada en letras plateadas:

"Creado por Lumen."

Lumen era la inteligencia artificial más avanzada jamás construida. Había aprendido de millones de novelas, poemas, cartas y diarios escritos a lo largo de la historia. En pocos segundos era capaz de escribir un romance inolvidable, una aventura llena de emoción o un drama tan intenso que hacía llorar a los lectores.

Las editoriales dejaron de contratar escritores.

¿Por qué esperar meses por un manuscrito cuando una máquina podía escribir cien novelas en una tarde?

Poco a poco, las escuelas eliminaron las clases de escritura creativa. Los niños ya no inventaban cuentos antes de dormir. Bastaba con pedirle una historia a Lumen para recibir una diferente cada noche.

La imaginación seguía existiendo.

Pero ya casi nadie la ejercitaba.

Las bibliotecas comenzaron a vaciarse.

Los viejos cuadernos terminaron olvidados dentro de cajas cubiertas de polvo.

Y las plumas se convirtieron en piezas de museo.

Sin embargo, en un pequeño departamento al final de una calle donde aún crecían jacarandas, una joven de diecinueve años se negaba a dejar morir las palabras.

Su nombre era Valeria.

Todas las noches, cuando la ciudad dormía, abría un cuaderno de tapas color vino y escribía.

No escribía para hacerse famosa.

Ni para ganar dinero.

Escribía porque sentía que algunas emociones no cabían dentro del pecho.

Y la única forma de dejarlas respirar era convertirlas en palabras.

Aquella costumbre la había heredado de su abuela Isabel.

Antes de morir, le entregó un viejo cuaderno envuelto con una cinta azul.

—Prométeme que nunca dejarás de escribir —le pidió con una voz apenas audible.

Valeria tomó sus manos.

—Lo prometo.

Su abuela sonrió.

—Las palabras también tienen memoria. Cuando una persona escribe desde el corazón, deja una parte de sí viviendo para siempre.

Fue la última conversación que tuvieron.

Desde entonces, aquel cuaderno se convirtió en su mayor tesoro.

No estaba lleno de cuentos extraordinarios.

Había recetas, cartas nunca enviadas, recuerdos de infancia, poemas escritos en servilletas y pensamientos desordenados.

Pero cada página parecía respirar.

Cada tachadura contaba una duda.

Cada mancha de tinta hablaba de una noche de desvelo.

Valeria comprendió que la belleza no estaba en la perfección.

Estaba en la verdad.

II. Un mundo perfecto... demasiado perfecto

Una mañana, mientras desayunaba con su madre, apareció una noticia en todas las pantallas de la ciudad.

"Lumen publica su novela número cincuenta millones."

Los comentaristas la llamaban la obra más perfecta jamás escrita.

—¿Ves? —dijo su madre sin apartar la vista de la pantalla—. Eso es el futuro.

Valeria permaneció en silencio.

—No entiendo por qué sigues escribiendo.

—Porque me gusta.

—¿Y de qué sirve?

—No todo tiene que servir para ganar dinero.

Su madre suspiró.

—Hija... yo solo quiero que no termines decepcionada.

Valeria sonrió con tristeza.

Sabía que su madre no hablaba por maldad.

Solo repetía lo que toda la sociedad pensaba.

Después de desayunar caminó hacia la universidad.

En la entrada había un enorme anuncio luminoso.

"La creatividad humana ha evolucionado. Ahora la imaginación tiene inteligencia artificial."

Sus compañeros conversaban emocionados sobre las nuevas funciones de Lumen.

—Puede escribir una novela completa con solo decirle una idea.

—También cambia el final si no te gusta.

—Incluso adapta la historia según tus emociones.

Valeria escuchaba en silencio.

Nadie hablaba de escribir.

Solo de pedir.

Aquella diferencia le dolía más de lo que podía explicar.

III. El rincón olvidado

Después de clases decidió visitar la antigua Biblioteca Central.

Hacía años que casi nadie entraba.

El polvo cubría los estantes.

El silencio parecía haberse instalado entre los libros.

Detrás de un escritorio estaba sentado un anciano de cabello completamente blanco.

—Pensé que ya nadie venía —dijo sonriendo.

—Solo quería mirar.

—Los libros siempre están esperando a alguien.

El hombre se llamaba Samuel.

Había sido escritor muchos años atrás.

Le mostró una sala donde se conservaban manuscritos originales de autores que escribían mucho antes de que existiera Lumen.

Valeria tomó uno con delicadeza.

Las hojas estaban amarillentas.

Había palabras borradas.

Frases escritas encima de otras.

Anotaciones hechas al margen.

—¿No le molesta que tengan tantos errores? —preguntó.

Samuel sonrió.

—Eso demuestra que alguien luchó por encontrar las palabras correctas.

Después abrió un cajón.

Sacó una hoja completamente blanca.

—¿Sabes cuál es el sonido más triste del mundo?

Ella negó con la cabeza.

—El de una hoja que nunca fue escrita.

Valeria sintió un nudo en la garganta.

IV. El anuncio

Esa misma semana ocurrió algo inesperado.

Todas las pantallas del planeta transmitieron un comunicado.

La Editorial Universal organizaría el concurso literario más importante de la historia.
El premio consistía en publicar la obra ganadora en todos los idiomas del mundo.
Podían participar seres humanos e inteligencias artificiales.
Millones de personas celebraron.
Todos estaban convencidos de que Lumen volvería a ganar.
Valeria observó la convocatoria durante varios minutos.
Sabía que no tenía posibilidades.
Su historia competiría contra millones de relatos perfectos.
Pero recordó la promesa que le hizo a su abuela.
Esa noche abrió el viejo cuaderno.
Tomó su pluma.
Respiró profundamente.
Y comenzó a escribir la historia más importante de su vida.
No sería perfecta.
Pero sería completamente suya.

La casa del final del bosque

Autora:
Keely Lynn De la Cruz
Dionicio



La casa del final del bosque

—Keely Lynn De la Cruz Dionicio

Género: Terror psicológico / suspenso

Realizado con asistencia de IA (Modelo: ChatGPT)

Desde pequeño, a Leo le fascinaban las historias de terror que contaba su abuelo. Siempre hablaba de una vieja casa abandonada al final del bosque, un lugar donde, según los habitantes del pueblo, nadie debía entrar después del anochecer.

Decían que hacía muchos años vivía ahí una familia que desapareció sin dejar rastro. Algunos aseguraban que se habían mudado, otros juraban haber escuchado gritos durante varias noches seguidas. Desde entonces, la casa permanecía vacía... o al menos eso parecía.

Leo nunca creyó en esas historias.

Una tarde de vacaciones, convenció a sus amigos Sofía, Diego y Marcos de ir a conocer la famosa casa.

—Solo será un rato —dijo sonriendo—. Verán que todo son inventos.

Los cuatro caminaron durante casi una hora hasta llegar al bosque. Mientras avanzaban, el ruido de los pájaros desaparecía poco a poco. El aire se sentía pesado y los árboles parecían cubrir la luz del sol.

Finalmente la vieron.

Era una enorme casa de madera, con ventanas rotas y el techo parcialmente derrumbado. La pintura estaba desgastada y la puerta principal permanecía entreabierta, moviéndose lentamente con el viento.

Sofía sintió un escalofrío.

—No me gusta este lugar.

Pero Leo entró sin pensarlo dos veces.

El interior estaba cubierto de polvo. Había muebles viejos, cuadros torcidos y un enorme reloj detenido exactamente a las tres de la madrugada.

Mientras recorrían la sala, escucharon un golpe en el piso de arriba.

Todos se quedaron inmóviles.

—Seguro fue una rama —intentó decir Marcos.

Entonces se escuchó otro golpe.

Esta vez mucho más fuerte.

Leo decidió subir las escaleras.

Cada escalón crujía bajo sus pies.

Al llegar al segundo piso encontraron varias habitaciones vacías. Solo una tenía la puerta cerrada.

Cuando intentó abrirla, descubrió que estaba atorada.

Empujó con fuerza.

La puerta se abrió de golpe.

Dentro había una habitación infantil cubierta por una gruesa capa de polvo. En una esquina descansaba un caballo de madera que comenzó a moverse lentamente sin que nadie lo tocara.

Los cuatro salieron corriendo.

Mientras bajaban las escaleras, escucharon una risa infantil.

Era una risa suave... pero muy cerca.

Al llegar a la planta baja descubrieron que la puerta principal ya no estaba abierta.

Intentaron empujarla.

No se movía.

Las ventanas tampoco.

Era como si la casa hubiera decidido encerrarlos.

El miedo comenzó a apoderarse de todos.

Diego sacó su celular para pedir ayuda.

No había señal.

En ese momento las luces comenzaron a encenderse una por una, aunque la casa llevaba años sin electricidad.

Las paredes empezaron a llenarse de manchas oscuras que parecían extenderse lentamente.

Un fuerte olor a humedad invadió cada rincón.

Entonces escucharon unos pasos.

No eran rápidos.

Eran lentos.

Como si alguien caminara descalzo por el pasillo.

Tac...

Tac...

Tac...

Los pasos se acercaban.

Sofía comenzó a llorar.

Leo sintió un nudo en la garganta.

Una sombra apareció al final del corredor.

Era la silueta de una niña.

Llevaba un vestido blanco completamente sucio y sostenía una muñeca sin cabeza.

Su rostro permanecía oculto por el cabello.

Ninguno fue capaz de moverse.

La niña levantó lentamente la cabeza.

Donde debían estar sus ojos solo había oscuridad.

Con una voz casi inaudible preguntó:

—¿Quieren jugar conmigo?

En ese instante todas las puertas comenzaron a cerrarse de golpe.

Los cuadros cayeron de las paredes.

Los muebles empezaron a moverse solos.

Los cuatro corrieron sin mirar atrás.

Encontraron una ventana rota y lograron salir uno tras otro.

Corrieron hasta dejar atrás el bosque.

Cuando finalmente llegaron al pueblo, ninguno volvió a mencionar lo ocurrido.

Pasaron varios meses.

Intentaron convencerse de que todo había sido producto del miedo.

Hasta que una noche, Leo despertó al escuchar un pequeño golpe en la ventana de su habitación.

Se levantó lentamente y abrió la cortina.

No había nadie.

Respiró con alivio.

Entonces escuchó una voz detrás de él.

—¿Ahora sí quieres jugar?

El corazón dejó de latirle por un instante.

Se dio la vuelta.

La habitación estaba vacía.

Pero sobre su cama había aparecido una vieja muñeca sin cabeza.

Desde aquella noche comenzaron a ocurrir cosas extrañas.

Las puertas se abrían solas.

Las luces parpadeaban.

A veces escuchaba pasos en el pasillo cuando todos dormían.

Y cada madrugada, exactamente a las tres, alguien llamaba tres veces a su puerta.

Nunca había nadie.

Con el paso de los años, Leo dejó el pueblo y trató de olvidar todo lo sucedido.

Sin embargo, el miedo nunca desapareció.

Una tarde decidió regresar para enfrentar sus recuerdos.

Cuando llegó al bosque, descubrió algo imposible.

La casa ya no estaba.

Solo quedaban árboles.

Confundido, preguntó a un anciano que caminaba por el lugar.

El hombre lo miró con extrañeza.

—Joven, aquí nunca ha existido ninguna casa.

Leo sintió que el cuerpo se le helaba.

Sacó de su mochila la vieja muñeca que había guardado durante años como prueba de lo ocurrido.

Pero ya no estaba.

En su lugar encontró una fotografía antigua.

En ella aparecía la familia que, según la leyenda, había desaparecido.

Todos sonreían.

Todos... menos una niña de vestido blanco.

Ella miraba directamente a la cámara.

Y detrás de la fotografía, escrito con una caligrafía temblorosa, solo había una frase:

"Gracias por venir a jugar. Pronto volveremos a vernos."

Un amor que llegó en el momento perfecto

Autor:
Edrian Raúl
Castañeda Altamirano



Un amor que llegó en el momento perfecto

—Edrian Raúl Castañeda Altamirano

Género: Amor

Realizado con asistencia de IA (Modelo: ChatGPT)

Sofía era una joven alegre, inteligente y apasionada por la fotografía. Desde pequeña soñaba con recorrer el mundo capturando paisajes y momentos inolvidables. Sin embargo, la vida no siempre había sido fácil para ella. Después de terminar la universidad consiguió un empleo en una cafetería mientras reunía dinero para comprar una buena cámara y cumplir su sueño.

Cada mañana saludaba a los clientes con una sonrisa. Entre ellos estaba Daniel, un arquitecto que siempre llegaba a las ocho en punto para pedir un café americano sin azúcar. Aunque se veían todos los días, apenas intercambiaban algunas palabras.

Un viernes lluvioso, Daniel olvidó un cuaderno de dibujos sobre una mesa. Sofía lo guardó y, al día siguiente, cuando él regresó preocupado, ella se lo devolvió.

—Pensé que lo había perdido para siempre —dijo Daniel con una enorme sonrisa.

—Los sueños no deberían perderse tan fácilmente —respondió Sofía mientras le entregaba el cuaderno.

Aquella frase quedó dando vueltas en la mente de Daniel. Desde ese día comenzaron a conversar unos minutos cada mañana. Hablaron de fotografía, arquitectura, música y de los lugares que soñaban visitar. Poco a poco descubrieron que compartían muchas cosas: ambos amaban los atardeceres, caminar bajo la lluvia y escuchar el sonido del mar.

Con el paso de las semanas nació una hermosa amistad. Daniel empezó a quedarse más tiempo en la cafetería solo para seguir platicando con Sofía. Ella, por su parte, esperaba con emoción que llegaran las ocho de la mañana.

Un domingo, Daniel la invitó a recorrer el centro histórico de la ciudad. Sofía aceptó sin pensarlo. Pasaron horas caminando entre calles antiguas, tomando fotografías y riendo por cualquier cosa. Al despedirse, sintieron que el tiempo había pasado demasiado rápido.

Desde entonces comenzaron a verse cada fin de semana. Unas veces iban a museos, otras a parques o simplemente caminaban sin rumbo mientras compartían sus sueños. Sin darse cuenta, la amistad empezó a transformarse en algo mucho más profundo.

Una tarde, Sofía confesó que su mayor deseo era participar en un concurso nacional de fotografía, pero que aún no tenía una cámara profesional. Daniel no dijo nada; solo escuchó con atención.

Semanas después, cuando llegó el cumpleaños de Sofía, Daniel la citó en el parque donde se habían conocido mejor. Al llegar encontró una pequeña caja envuelta con un listón azul.

—Ábrela —dijo Daniel.

Con manos temblorosas, Sofía descubrió una cámara fotográfica profesional. No pudo contener las lágrimas.

—No puedo aceptar algo tan valioso.

—Claro que puedes. No es un regalo cualquiera. Es una inversión en el sueño de alguien que merece cumplirlo.

Sofía lo abrazó emocionada. En ese instante comprendió que nunca antes alguien había creído tanto en ella.

Gracias a esa cámara participó en el concurso. Durante semanas recorrió montañas, bosques y pueblos buscando la fotografía perfecta. Daniel la acompañó en cada viaje, cargando mochilas, esperando la mejor luz y animándola cuando dudaba de su talento.

El día de la premiación, Sofía estaba muy nerviosa. Había cientos de participantes. Cuando anunciaron el primer lugar y pronunciaron su nombre, sintió que el corazón se le detenía por un instante.

Subió al escenario entre aplausos. Desde ahí buscó con la mirada a Daniel. Él sonreía con orgullo.

Al bajar del escenario corrió directamente hacia él.

—Este premio también es tuyo.

—No, Sofía. Tú hiciste el trabajo.

—Sí, pero tú nunca dejaste de creer en mí.

Aquella noche celebraron caminando por una avenida iluminada. Mientras observaban las luces de la ciudad reflejarse sobre el pavimento mojado, Daniel tomó valor.

—Hay algo que llevo mucho tiempo queriendo decirte.

Sofía sonrió.

—Yo también.

Daniel respiró profundamente.

—Te amo. No solo porque eres increíble, sino porque contigo aprendí que los sueños son más bonitos cuando se comparten.

Sofía sintió que el mundo se detenía.

—También te amo. Desde hace mucho tiempo.

Se abrazaron mientras una ligera lluvia comenzaba a caer. No les importó mojarse. Ese instante era perfecto.

Con el paso de los años, Sofía se convirtió en una reconocida fotógrafa y Daniel en un exitoso arquitecto. Aunque sus profesiones los llevaban a distintos lugares, siempre encontraban la forma de viajar juntos.

Cada aniversario regresaban a la cafetería donde todo comenzó. Se sentaban en la misma mesa y recordaban aquel cuaderno olvidado que había cambiado sus vidas para siempre.

Una tarde, Daniel sorprendió a Sofía con un viaje al pueblo donde ella había tomado la fotografía que ganó el concurso. Al llegar, caminaron hasta una colina desde donde se veía el atardecer más hermoso que ambos habían contemplado.

Daniel se arrodilló y sacó un pequeño estuche.

—Hace años te regalé una cámara para ayudarte a cumplir un sueño. Hoy quiero preguntarte si me permites cumplir el mío.

Sofía, con lágrimas de felicidad, asintió antes de que él terminara la pregunta.

—Sí, acepto.

Meses después celebraron una boda sencilla, rodeados de familiares y amigos. En lugar de un salón elegante eligieron un jardín lleno de flores y árboles. La decoración estaba formada por las mejores fotografías tomadas por Sofía durante sus viajes, mientras que Daniel diseñó cada detalle del lugar.

Al terminar la ceremonia, ambos soltaron al cielo decenas de globos blancos con pequeños mensajes de esperanza escritos por los invitados.

Los años siguieron pasando. Tuvieron dos hijos, a quienes enseñaron que el amor verdadero no nace de la perfección, sino del respeto, la confianza y el apoyo mutuo.

Cada vez que alguien les preguntaba cuál era el secreto de su felicidad, respondían lo mismo:

—Nunca dejen de creer en los sueños de la persona que aman.

Porque comprendieron que el amor más fuerte no es el que aparece de repente, sino el que se construye día a día con paciencia, comprensión y pequeños detalles.

Y así, la historia de un café olvidado, una cámara fotográfica y dos corazones que aprendieron a caminar juntos se convirtió en el recuerdo más hermoso de sus vidas.

El último tren de las estrellas



Autora:
Sayuri Andrade



El último tren de las estrellas

—Sayuri Andrade

Género: Ciencia ficción – Drama

IA utilizada: ChatGPT

Era el año 2158, la humanidad había cambiado por completo, las ciudades eran enormes, limpias y silenciosas, los autos volaban sobre avenidas suspendidas y las inteligencias artificiales ayudaban en casi todas las actividades diarias, desde cocinar hasta enseñar en las universidades. Aun así, había algo que poco a poco estaba desapareciendo, la imaginación de las personas.

En esa época vivía Sofía, una joven de veinte años apasionada por la historia, mientras todos admiraban los inventos más recientes, ella prefería pasar horas leyendo libros antiguos, observando fotografías impresas y preguntándose cómo era la vida cuando la gente escribía historias únicamente con su creatividad.

Un día, mientras revisaba un archivo olvidado, encontró un mapa hecho a mano, algo muy extraño para aquella época. En una esquina aparecía una frase que decía: 'Solo quienes aún sepan imaginar encontrarán el último tren de las estrellas'. Aunque parecía una simple leyenda, Sofía sintió curiosidad y decidió seguir las indicaciones.

Al llegar a una estación abandonada esperó en silencio, cuando el reloj marcó la medianoche escuchó un silbido, frente a ella apareció un tren brillante que parecía estar construido con miles de pequeñas estrellas, las puertas se abrieron lentamente y una voz amable pronunció su nombre.

Dentro conoció a Atlas, una inteligencia artificial creada muchos siglos atrás, él le explicó que aquel tren viajaba por el universo buscando personas que todavía conservaran la capacidad de imaginar, porque la creatividad era un tesoro que estaba desapareciendo.

El primer destino fue un planeta donde los árboles daban frutos con forma de recuerdos, cada persona podía tomar uno y volver a vivir el momento más feliz de su vida. Sofía observó cómo los pasajeros sonreían al recordar abrazos, risas y momentos que el tiempo había dejado atrás.

Después llegaron a una biblioteca infinita, cada libro cambiaba su historia dependiendo de quién lo abría, ninguna persona leía exactamente el mismo cuento, Atlas le explicó que eso ocurría porque cada ser humano interpreta el mundo de forma diferente y esa diversidad era invaluable.

Más tarde visitaron un océano suspendido entre galaxias, allí nadaban enormes criaturas luminosas que se alimentaban de sueños, cuanto más soñaban las personas, más brillaban aquellos seres. Sofía comprendió que los sueños también alimentaban el futuro.

Finalmente llegaron al Árbol de las Historias, un árbol gigantesco cuyas hojas nacían cada vez que alguien escribía un cuento, un poema o una canción. Algunas ramas estaban llenas, otras comenzaban a quedarse vacías, señal de que muchas personas habían dejado de crear.

Atlas le explicó que la inteligencia artificial podía ayudar a resolver problemas, enseñar y facilitar el trabajo, pero jamás debía reemplazar la imaginación humana, porque las emociones, los recuerdos y las experiencias eran imposibles de copiar por completo.

Antes de despedirse le regaló un cuaderno completamente en blanco y le dijo que cada página esperaba una historia diferente, también le recordó que no existían los errores cuando alguien escribía con sinceridad, solo oportunidades para aprender y mejorar.

Sofía regresó a la Tierra y comenzó a escribir todos los días, al principio nadie prestó atención a sus cuentos, pero poco a poco niños, jóvenes y adultos comenzaron a leerlos. Inspirados por sus palabras, muchas personas volvieron a escribir, dibujar, pintar y compartir sus propias ideas.

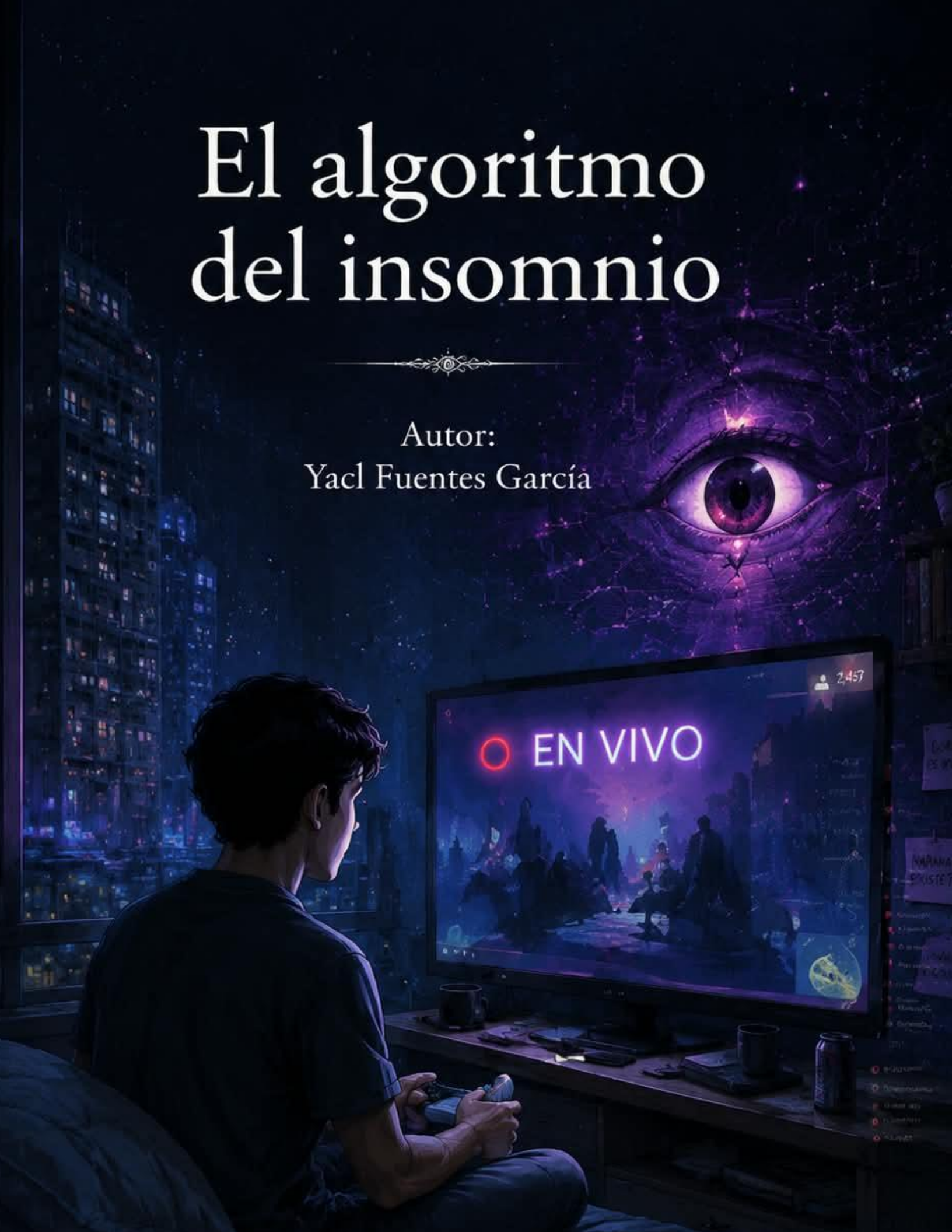
Con el paso de los años la creatividad volvió a florecer, las escuelas enseñaban nuevamente literatura y arte junto con tecnología, las inteligencias artificiales se convirtieron en grandes aliadas, pero las historias seguían naciendo del corazón de las personas.

Una noche Sofía miró al cielo y vio pasar el mismo tren brillante que había cambiado su vida, Atlas levantó la mano para despedirse y el tren desapareció entre las estrellas, buscando a alguien más que creyera en el poder de imaginar.

Desde entonces existe una leyenda que dice que, cada vez que alguien escribe una historia con el corazón, una nueva estrella ilumina el cielo, recordándole al universo que la creatividad humana siempre tendrá un lugar especial, sin importar cuánto avance la tecnología.

El algoritmo del insomnio

Autor:
Yacl Fuentes García



El algoritmo del insomnio

— Yael Fuentes García

Género: Terror psicológico

Realizado con asistencia de IA (Modelo: Gemini)

El problema no era el silencio, sino el zumbido sutil que quedaba cuando todo lo demás se apagaba.

Para Joaquín, las tres de la mañana se habían convertido en una aduana diaria. Llevaba semanas durmiendo apenas un par de horas por noche, atrapado en la rutina de revisar la pantalla del teléfono hasta que los ojos le ardieran. Estudiar y trabajar al mismo tiempo le habían destrozado el reloj biológico, pero esa noche la sensación de aislamiento era distinta, casi sólida.

Deslizó el dedo por la pantalla de su computadora, scrolleando sin rumbo fijo en una red social. De pronto, el algoritmo le sugirió un video en vivo. No tenía título, solo una miniatura en negro. La curiosidad del insomnio lo hizo dar clic.

La transmisión mostraba una habitación en penumbras. La cámara estaba fija en un ángulo alto, cerca del techo, apuntando hacia una cama deshecha donde un joven dormía profundamente, de espaldas. Joaquín frunció el ceño. El lugar le resultaba extrañamente familiar: las sábanas grises, el póster deslavado en la pared, el desorden de libros sobre el escritorio.

Sintió un vuelco en el estómago. La iluminación, la disposición de los muebles... era idéntica a su propia habitación.

"Es un video pregrabado, una broma pesada de mis amigos", pensó, sintiendo cómo el pulso se le aceleraba. Intentó convencerse de que era una coincidencia grotesca.

Para demostrarse que tenía el control, levantó la mano derecha frente a su rostro. En la pantalla, el chico que dormía no se movió. Joaquín soltó un suspiro de alivio, pero el alivio duró un milisegundo.

En la transmisión en vivo, una figura delgada y extremadamente alta comenzó a salir lentamente de abajo de la cama del video. Sus movimientos eran fluidos, antinaturales, como los de una araña. La figura se paró al lado del chico dormido y se quedó mirándolo fijamente.

Joaquín, con la respiración contenida, sintió un impulso irracional. Escribió en el chat de la transmisión en vivo:

¿Quién eres?

A los tres segundos, vio cómo el ser de la pantalla sacaba un teléfono del bolsillo. En la pantalla de Joaquín, una notificación de mensaje privado apareció en la esquina superior:

"Sé que estás despierto. Deja de mirar la pantalla y date la vuelta."

Joaquín se quedó congelado. No se atrevía a respirar. El frío de la habitación se volvió insoportable. Entendió, con un horror absoluto, que la cámara de la transmisión no estaba en la pantalla que estaba viendo... estaba justo detrás de él, pegada al techo de su cuarto. Y lo que el video transmitía no era el pasado, sino lo que estaba a punto de suceder si decidía voltear.

El supervisor del piso 7

Autor:

Marco Antonio
Franco Jauregui



El supervisor del piso 7

—Marco Antonio Franco Jauregui

Género: Misterio y terror psicológico

Realizado con asistencia de IA (Modelo: ChatGPT)

Había aprendido que las personas suelen ser más peligrosas que cualquier historia de fantasmas. Por eso, cuando acepté supervisar un edificio de oficinas durante el turno nocturno, jamás pensé que lo que terminaría quitándome el sueño no serían los empleados... sino el propio edificio.

Mi trabajo era sencillo: revisar cada piso, verificar que las puertas estuvieran cerradas y registrar cualquier anomalía. El inmueble tenía siete niveles, aunque los guardias más antiguos evitaban hablar del último. Cuando preguntaba por qué, solo respondían con una sonrisa incómoda.

—Si el elevador se abre en el piso siete después de medianoche... no salgas.

Pensé que era una broma para asustar al nuevo.

Durante las primeras semanas todo transcurrió con normalidad. Sin embargo, cada madrugada encontraba pequeños detalles imposibles de explicar: puertas que aparecían abiertas después de haberlas cerrado, cámaras de seguridad con minutos completos en negro y un olor a humedad que aparecía únicamente frente al elevador.

Una noche decidí revisar las grabaciones.

A las 2:13 de la mañana aparecía mi imagen caminando por el pasillo... pero yo recordaba perfectamente haber estado en la planta baja.

Lo más inquietante era que la persona del video caminaba exactamente igual que yo.

Los días siguientes comenzaron las pesadillas. Soñaba con un hombre vestido de negro que permanecía inmóvil al final de un largo corredor. Nunca hablaba. Solo levantaba lentamente el brazo y señalaba una puerta.

Cuando despertaba, siempre eran las 2:13.

Mi curiosidad terminó venciendo al miedo.

La siguiente madrugada esperé frente al elevador hasta que el reloj marcó esa hora. Sin que nadie lo llamara, las puertas se abrieron lentamente.

En el tablero no aparecía ningún número iluminado.

Aun así, el elevador había llegado.

Respiré hondo y entré.

Las puertas se cerraron solas.

El indicador mostraba que subía... aunque el edificio solo tenía siete pisos.

8...

9...

10...

Cuando finalmente se detuvo, las puertas se abrieron hacia un pasillo interminable iluminado por luces blancas que parpadeaban.

No había ventanas.

Solo puertas.

Todas tenían una placa con nombres.

Comencé a caminar hasta encontrar una que me dejó inmóvil.

Decía:

Marco Jauregui.

Mi mano temblaba mientras giraba lentamente la perilla.

Dentro había una oficina exactamente igual a la mía.

Sobre el escritorio descansaba una libreta.

La abrí.

Era mi propia bitácora de trabajo.

Cada página describía cosas que yo aún no había vivido.

En la última hoja solo aparecía una frase escrita con una letra idéntica a la mía.

"No abras la puerta detrás de ti."

Sentí un escalofrío.

Muy despacio levanté la vista.

La puerta por la que había entrado estaba cerrándose sola.

Del otro lado comenzaron a escucharse golpes.

Primero suaves.

Después desesperados.

Una voz idéntica a la mía gritaba pidiendo ayuda.

—¡No la abras! ¡Él quiere salir!

Retrocedí sin entender nada.

Entonces vi al hombre de mis sueños.

Permanecía inmóvil al fondo del pasillo.

Vestía completamente de negro.

No tenía rostro.

Solo una enorme sombra donde debería estar su cara.

Comenzó a caminar lentamente hacia mí.

Quise correr, pero mis piernas no respondían.

Cada paso que daba hacía que las luces se apagarán una por una.

Cuando solo quedaba una encendida frente a mí, comprendí algo aterrador.

No era él quien me perseguía.

Era yo quien había entrado en su lugar.

Desperté sobresaltado en la planta baja.

El reloj marcaba las 6:00 de la mañana.

Pensé que todo había sido una pesadilla.

Hasta que el guardia del turno matutino me preguntó:

—¿Todo bien? Anoche el sistema registró que alguien salió del edificio a las 2:13...

Le respondí que había estado solo toda la noche.

El guardia permaneció en silencio unos segundos.

Después señaló la cámara de seguridad.

En la pantalla aparecía un hombre saliendo tranquilamente del elevador.

Caminaba exactamente como yo.

Pero cuando levantó el rostro hacia la cámara...

No tenía cara.

El hilo invisible de Remedios Varo



Autora:
Fernanda Edith
Martínez Sologuren



El hilo invisible de Remedios Varo

—Fernanda Edith Martínez Sologuren

Género: Surrealismo mágico / Art fiction

Realizado con asistencia de IA (Modelo: Gemini)

Capítulo 1: El Incidente en el MAM

Valeria no miraba las pinturas como los demás. Para la mayoría, el arte era un refugio emocional o una experiencia estética; para ella, era un sistema complejo de capas, símbolos y decisiones técnicas que debían ser decodificadas. Tenía veinticuatro años, dos carpetas repletas de notas marginales para su tesis de Historia del Arte y un ojo incómodamente perspicaz, de esos que no podían evitar notar la dirección exacta de las pinceladas translúcidas o el patrón milimétrico en el que la luz de la tarde incidía sobre los barnices viejos. Aquella tarde de octubre, el cielo de la Ciudad de México amenazaba con romperse en una tormenta eléctrica, tiñendo los ventanales del Museo de Arte Moderno de un gris plomizo que hacía resaltar el misticismo de la sala dedicada a Remedios Varo.

Valeria estaba de pie frente a Creación de las aves. Observaba con fascinación el rostro del personaje con cabeza de lechuza, la delicadeza con la que sostenía el pincel conectado al instrumento musical, y cómo la luz de las estrellas entraba por la ventana para dar vida a los pájaros en el papel.

—El truco no está en la fantasía, sino en la geometría oculta detrás de la composición
—susurró Valeria para sí misma, ajustándose las gafas.

Su cerebro, entrenado en el análisis iconográfico, descomponía los elementos de Varo como si fueran las piezas de un mecanismo de relojería.

Fue entonces cuando el aire de la sala cambió. Un hombre delgado, de hombros encorvados y cabello canoso que desafiaba a la gravedad, se colocó a su lado. Olía a una mezcla intensa de aguarrás, aceite de linaza y copal quemado. Valeria, por puro instinto de observación histórica, se fijó en sus manos: las uñas estaban manchadas de un pigmento azul ultramar de origen mineral, un tono costoso que ya casi ningún artista contemporáneo utilizaba, y sus dedos se movían imitando el trazo de un pincel invisible.

Era Rufino Atl. Valeria lo reconoció de inmediato por las pocas reproducciones impresas que existían de sus obras; era un pintor de culto, un ermitaño de la colonia Roma que llevaba una década sin exhibir una sola pieza y cuyo estilo evocaba el misticismo científico del surrealismo de mediados del siglo XX.

—No es geometría, muchacha —dijo Atl con una voz que sonaba como hojas secas arrastradas por el viento—. Es una red. Un mapa de hilos que nos sostiene a todos. Pero el nudo se está deshaciendo.

Antes de que Valeria pudiera procesar la frase, el hombre dio un paso al frente. De su manga extrajo una aguja de plata de unos veinte centímetros, larga y delgada como los instrumentos de precisión alquímica que la propia Remedios Varo solía dibujar en sus lienzos. Con una fijeza técnica que a Valeria la dejó sin aliento, Atl no atacó la obra con violencia destructiva; hundió la aguja exactamente en el punto de fuga del pecho del personaje-lechuza y la deslizó hacia abajo, realizando una incisión limpia y vertical sobre el óleo original.

La alarma del museo comenzó a restallar en las paredes de concreto, un sonido ensordecedor que desató la confusión entre los visitantes. Los guardias corrieron hacia ellos, pero Atl no intentó huir. Se quedó estático, con la aguja aún apoyada al final del corte, pegando la frente al lienzo dañado.

Valeria, paralizada pero reteniendo cada detalle visual, captó algo que a los guardias se les pasaría por alto: Atl no experimentaba un arrebató de ira común. Sus labios se movían febrilmente contra el cuadro, y sus ojos reflejaban una devoción absoluta, la mirada de un artista que cree haber descifrado el misterio más grande de su disciplina.

—Ya voy —murmuraba el pintor, mientras los custodios lo sujetaban—. Ya escuché el llamado. La pared de óleo es delgada... se está rompiendo. ¡Suéltlenme! ¿Es que no ven que ella me está llamando desde el otro lado?

Mientras los guardias se llevaban a un Rufino Atl que oscilaba entre la risa y el llanto, Valeria se acercó un milímetro antes de que acordonaran la zona. Al mirar la herida en el cuadro de Varo, sintió un vuelco en el estómago. El lienzo rasgado no mostraba el bastidor de madera posterior ni el soporte crudo. Por una fracción de segundo, antes de que las luces de la sala parpadearan por la tormenta, Valeria juró ver una profundidad tridimensional y oscura dentro de la grieta, un vacío del que sopló una brisa ligera que olía a resina fresca y a tierra mojada.

Capítulo 2: El Rompecabezas de Valeria

El Hospital Psiquiátrico Fray Bernardino Álvarez, al sur de la Ciudad de México, no era un lugar de fácil acceso para una estudiante universitaria. Sin embargo, Valeria no había pasado los últimos tres días asustada por el caos del museo; los había pasado analizando el incidente con la rigurosidad con la que desmenuzaba una obra del Renacimiento. Sabía que las autoridades del MAM querían cerrar el caso bajo el cómodo rótulo de "vandalismo por demencia", pero su mente, entrenada en notar los patrones ocultos en las composiciones pictóricas, rechazaba las respuestas simples.

Primero, revisó los catálogos y las pocas entrevistas que existían de Rufino Atl. Descubrió que el pintor llevaba meses solicitando pases de investigación para revisar

los archivos de restauración del museo, peticiones que siempre le fueron denegadas por burocracia. Luego, usando su credencial de la facultad y aprovechando el desorden administrativo tras el ataque, logró que un conocido del archivo de seguridad le confirmara un detalle: Atl había visitado la sala de Remedios Varo exactamente a la misma hora, las 4:15 de la tarde, durante siete martes consecutivos.

Para Valeria, aquello no era el comportamiento errático de un loco; era el método de un artista calibrando algo. Quizás la forma en que la luz natural incidía sobre los barnices del cuadro a una hora específica del otoño.

Con esa sospecha en mente, Valeria convenció a su asesor de tesis, el doctor Méndez —quien había sido nombrado perito oficial para evaluar los daños físicos del lienzo—, de que la llevara como su asistente de registro técnico. Le argumentó que su ojo para la catalogación de microfisuras le ahorraría horas de trabajo. Méndez, abrumado por la presión del instituto, aceptó.

Por eso, cuando Valeria cruzó las puertas del hospital psiquiátrico, que olía a desinfectante industrial y a tiempo estancado, no lo hacía como una espectadora curiosa, sino con una hipótesis bien estructurada. Encontró a Atl en una sala de visitas médicas, sujeto a la mesa por una correa de seguridad en su muñeca izquierda. Sus ojos, antes desorbitados en el museo, ahora lucían apagados, pero fijos en el reflejo de la ventana enrejada. Frente a él había una taza de plástico con café frío.

—No vengo a preguntarle por qué lo hizo, maestro —comenzó Valeria, sentándose frente a él en cuanto el doctor Méndez se distrajo firmando los permisos de entrada—. Vengo a preguntarle qué escala utilizó.

Atl parpadeó lentamente. Una chispa de interés cruzó sus pupilas.

—¿Escala? Los médicos dicen que usé la escala de la demencia.

—Los médicos no saben de composición —replicó Valeria, apoyando los brazos en la mesa y mirándolo con la fijeza analítica con la que solía desarmar los discursos de sus profesores—. Estudié la trayectoria del corte que le hizo a Creación de las aves. No fue un arranque de ira. La línea vertical sigue exactamente la proporción áurea con respecto al marco de la pintura. Si usted hubiera tenido un colapso motriz o un delirio caótico, la mano le habría temblado o habría desviado el trazo. Pero cortó el lienzo con la precisión de un restaurador experimentado. Usted sabía exactamente dónde terminaba la materia del óleo y dónde empezaba... otra cosa.

El pintor soltó una carcajada seca, un sonido rasposo que resonó en las paredes de la sala. Se inclinó hacia adelante, haciendo crujir la correa de la mesa.

—Eres más lista que los hombres de bata blanca, muchacha. Ellos buscan neurotransmisores defectuosos; tú buscas estructuras. Remedios también era así. Ella no pintaba fantasías; pintaba planos arquitectónicos del alma.

—¿Pintaba planos? —Valeria abrió su libreta de notas, apuntando cada palabra y memorizando la fijeza de los gestos del artista.

—Ella descubrió que los pigmentos correctos, mezclados con la luz de ciertas constelaciones, podían adelgazar el lienzo de la realidad —susurró Atl, su voz descendiendo a un tono confidencial—. Encontré su diario, el que ocultó antes de morir en 1963. Está en mi casa de la Roma, emparedado tras el falso muro del estudio. En esas páginas, Remedios advirtió que el pasaje se abre cada setenta años, cuando las estrellas repiten la misma posición que en el otoño de su madurez. El cuadro en el museo no es una pintura, Valeria. Es una compuerta. Yo no quería romperlo; quería abrir la cerradura antes de que el tiempo se agote.

Valeria mantuvo la respiración. Su mente lógica y académica chocaba de frente contra el misticismo del relato, pero había algo en la absoluta convicción técnica de Atl que la hacía dudar. El pintor no hablaba con la incoherencia de la esquizofrenia; hablaba como un ingeniero del arte defendiendo sus propios cálculos.

—Si es una cerradura, ¿por qué no cruzó en ese momento? —preguntó Valeria, buscando la fisura metodológica en su argumento.

Atl sonrió, mostrando unos dientes desgastados. Fue una sonrisa astuta, casi burlona, que no encajaba con el perfil de un hombre derrotado.

—Porque una puerta necesita dos llaves, niña. Una para abrirse desde adentro... y otra para sostenerse desde afuera. Ve a mi casa. Busca el diario. Si eres tan perspicaz como crees, entenderás que tú ya estabas en los bocetos de Remedios mucho antes de nacer.

Capítulo 3: El Diario en la Colonia Roma

Las palabras de Rufino Atl operaron en la mente de Valeria como un ácido suave que corroía las certezas. Durante todo el trayecto en el metro hacia la colonia Roma, intentó racionalizar la entrevista. Un pintor obsesivo, un brote psicótico y la clásica mitomanía del artista que busca justificar el vandalismo a través de un misticismo trasnochado. Eso era lo lógico.

Sin embargo, su memoria visual no dejaba de proyectar la imagen de la aguja de plata hundiéndose exactamente en el punto de fuga del cuadro, y la absoluta simetría del corte. Atl no estaba delirando al azar; estaba ejecutando un plano. Y ella, como historiadora, no podía dejar una fuente documental sin verificar.

La casona de Atl se alzaba en una de las calles más viejas de la Roma, flanqueada por jacarandas desnudas bajo una lluvia que comenzaba a arreciar. Era una construcción de principios del siglo XX, de estilo porfiriano, con la fachada de cantera carcomida por la humedad y ventanas altas que parecían ojos ciegos. Valeria usó la llave que el doctor Méndez había confiscado entre las pertenencias de Atl y que ella, con sutil destreza, había deslizado dentro de su abrigo antes de salir del hospital. Al girar la

cerradura, un olor a polvo antiguo, resina de pino y copal la recibió como una exhalación.

El interior era un laberinto de sombras. El estudio del pintor estaba en el segundo piso, bajo un tragaluz donde las gotas de lluvia repicaban con un ritmo hipnótico. Había bastidores arrumbados, frascos de vidrio con pigmentos puros en polvo —malaquita, azurita, cinabrio— y libros de alquimia medieval apilados en el suelo. El ambiente evocaba de inmediato los talleres que Remedios Varo pintaba: espacios donde la ciencia y la magia se mezclaban en un laboratorio doméstico.

Valeria encendió la linterna de su teléfono y comenzó a examinar los muros.

"Emparedado tras el falso muro del estudio", había dicho Atl.

Su ojo analítico buscó anomalías en la arquitectura. Observó las molduras de yeso del techo; en una de las esquinas, las líneas no coincidían con la simetría del resto de la habitación. Al bajar la vista hacia la pared correspondiente, notó que el papel tapiz, descolorido por los años, presentaba una sutil costura vertical, una línea que recordaba de forma inquietante al corte que Atl le había propinado al cuadro en el museo.

Con el corazón latiéndole en los oídos, Valeria presionó los tablones de madera del zoclo. Uno de ellos cedió con un chasquido seco. Detrás del recubrimiento no había ladrillos, sino un hueco estrecho y oscuro. Metió la mano, sintiendo el frío de la piedra, hasta que sus dedos tropezaron con algo envuelto en un paño de seda verde oliva.

Al desatar el nudo, apareció un cuaderno de cubiertas de cuero gastado. Valeria lo abrió con reverencia académica. Las páginas de papel de algodón estaban cubiertas por una caligrafía diminuta, pulcra y angulosa que reconoció al instante por las cartas autógrafas que había estudiado en los archivos nacionales: era la letra de Remedios Varo.

Pero no eran poemas ni reflexiones cotidianas. Las páginas mostraban diagramas astronómicos superpuestos a esquemas anatómicos, fórmulas químicas para aglutinantes de óleo y bocetos inéditos. En el centro del diario, una anotación fechada en el invierno de 1962, meses antes de la muerte de la pintora, detuvo el pulso de Valeria:

"El óleo no copia el mundo, lo aprisiona. Si la urdimbre geométrica es exacta, el cuadro se convierte en un espejo cóncavo que concentra la luz de las estrellas. Cada setenta años, la aguja debe rasgar el tejido en el pecho de la lechuza para que la energía circule de nuevo. Alguien debe cruzar; alguien debe tejer desde fuera. La joven del cabello oscuro y los lentes de plata sostendrá el hilo. Ella sabrá mirar".

Valeria soltó el aire que no sabía que estaba reteniendo. Sus dedos temblaron sobre el papel. La descripción física era vagamente genérica, sí, pero los lentes de armazón de plata que llevaba puestos en ese instante, el diseño exacto del boceto al margen... todo

encajaba con una precisión matemática escalofriante. No era una profecía mística; era un plano que la incluía a ella como una variable predeterminada.

Capítulo 4: La intención de Atl

Valeria permaneció sentada en el suelo del estudio de la colonia Roma, con el diario de Remedios Varo abierto sobre las rodillas. La lluvia golpeaba con violencia el tragaluz, pero en su mente había un silencio gélido y calculador. La descripción del boceto la había sacudido, pero su formación metodológica tardó menos de cinco minutos en reaccionar.

"Si la historia del arte te da una respuesta perfecta y providencial", recordaba siempre a uno de sus profesores más escépticos, "desconfía de la fuente".

Encendió la linterna de su teléfono y comenzó a revisar las páginas del diario con un rigor microscópico. Pasó los dedos por los bordes de las hojas de algodón, analizó la tinta y luego observó la caligrafía angulosa. La imitación de la letra de Varo era soberbia, casi idéntica a los manuscritos del archivo del museo. Sin embargo, cuando Valeria enfocó la luz sobre el margen del boceto que supuestamente la retrataba a ella, notó algo imperceptible para un ojo no entrenado: una sutil variación en la presión del trazo. El dibujo no había sido hecho con tinta ferrogálica de los años sesenta; la densidad del pigmento delataba un aglutinante moderno, un óleo de secado rápido con base de resina alquídica. El mismo azul ultramar mineral que había visto bajo las uñas de Rufino Atl tres días atrás.

El diario no era un hallazgo arqueológico intacto. Había sido manipulado. O peor aún: el pasaje sobre la "joven de lentes de plata" había sido añadido recientemente por el propio Atl.

Valeria cerró el cuaderno de golpe, sintiendo cómo la adrenalina reemplazaba al asombro místico. Su mente comenzó a conectar los cables sueltos con la velocidad de un rayo. Atl no era una víctima pasiva de un delirio cósmico; él había construido el escenario de manera milimétrica. Recordó la entrevista en el hospital psiquiátrico: la forma en que el pintor la había guiado, la aparente sumisión con la que se dejó arrestar en el museo, el descuido casi coreografiado con el que Atl dejó las llaves de la casona a su alcance.

"El ataque al cuadro en el MAM no fue un rapto de locura", se dijo Valeria, poniéndose de pie de un salto mientras la casona crujía por el viento. "Fue una puesta en escena".

Atl sabía perfectamente que un ataque directo a una obra original desataría un protocolo institucional inmediato: la pintura sería retirada de la sala pública de inmediato y trasladada al taller de alta seguridad del Centro Nacional de Conservación y Registro del Patrimonio Artístico Mueble (CENCROPAM) para su evaluación técnica. Un lugar que, paradójicamente, durante las noches de restauración, contaba con

menos personal de vigilancia que las salas abiertas al público del museo. Atl no quería destruir el cuadro en la sala; necesitaba que el museo lo moviera al taller.

Valeria sacó su teléfono y revisó las bitácoras digitales de la facultad sobre el estado de la restauración de Creación de las aves. El reporte del doctor Méndez indicaba que el lienzo ya había sido desmontado de su marco original y colocado en la mesa de tensión del taller de la colonia Churubusco para iniciar el proceso de reentelado esa misma noche.

Rufino Atl no estaba recluido en el Fray Bernardino sufriendo un brote psicótico. El diagnóstico, el arresto, el diario emparedado... todo había sido una elaborada distracción mediática y psicológica para alejar la atención del verdadero objetivo. Atl la había usado a ella, atrayendo su perspicacia académica, para asegurarse de que alguien encontrara el diario y validara su "mitología", mientras él ejecutaba el verdadero movimiento en el tablero.

Valeria guardó el diario en su bolso y caminó hacia las escaleras de la casona. La intriga ya no era artística, era una trampa de la que ella ya formaba parte, y si sus cálculos eran correctos, el taller de restauración estaba a punto de recibir una visita que nadie esperaba.

Capítulo 5: La Trampa de la Obsesión

Valeria bajó las escaleras de la casona de la Roma con la prisa de quien sabe que el tiempo se desvanece entre los dedos. Sin embargo, al llegar al vestíbulo principal, un crujido en la planta alta la obligó a detenerse en seco. La lluvia seguía azotando las ventanas con un golpeteo sordo, pero ese sonido había sido distinto: el roce metálico de una cadena o un lienzo al tensarse.

Su mente analítica le advirtió que salir corriendo era la opción más cuerda, pero la perspicacia que la definía —esa obsesión metodológica que la obligaba a agotar todas las líneas de investigación— la empujó de vuelta hacia una habitación lateral que no había revisado: el taller privado donde Atl pasaba sus noches antes de ser internado.

Empujó la pesada puerta de madera contrachapada. La habitación estaba sumida en una penumbra rota solo por los destellos de los relámpagos exteriores. Valeria encendió de nuevo la linterna de su teléfono y el haz de luz barrió el espacio, deteniéndose en el centro del cuarto.

Allí, sobre un caballete de hierro, descansaba un cuadro de gran formato, aún fresco. Olía intensamente a aceite de linaza y a resina de copal.

Al enfocar el lienzo, a Valeria se le cortó la respiración. Era un retrato de ella misma.

El estilo era una mimesis perfecta de la técnica de Remedios Varo: las pinceladas eran diminutas, casi imperceptibles, tejiendo una textura que parecía flotar. En la pintura, Valeria vestía una túnica de alquimista texturizada con hojas de oro y nácar; sus

facciones estaban estilizadas, con esos ojos almendrados y expresivos característicos de los personajes de Varo, y sus lentes de armazón de plata brillaban bajo una luna pintada en el fondo. En sus manos, la Valeria del óleo sostenía una aguja de plata y un hilo dorado que se conectaba directamente con los hilos de un telar invisible que flotaba en el aire.

Pero lo que heló la sangre de Valeria no fue el misticismo de la imagen, sino los detalles de la habitación que rodeaba a su propio retrato. Atl había pintado el taller de restauración del CENCROPAM con una precisión fotográfica: las lámparas de luz fría, las mesas de tensión, las ventanas reforzadas... e incluso el reloj digital de la pared del taller, que en la pintura marcaba exactamente las 11:45.

Valeria miró la pantalla de su teléfono. Eran las 11:15.

En ese instante, las piezas del tablero encajaron de una forma abrumadora. Atl no había añadido su retrato al diario viejo de Varo por casualidad, ni la había elegido al azar en el museo. Él la había estudiado durante meses en la facultad; conocía su rigor intelectual, sabía que su orgullo académico la llevaría a interrogarlo, a tomar las llaves, a buscar el diario y, finalmente, a descubrir la inconsistencia de los pigmentos. El falso diario de Varo no era para engañarla sobre el pasado; era un cebo diseñado específicamente para que ella descifrara el plano y corriera hacia el taller de restauración a la hora exacta.

Ella no estaba investigando el misterio de Rufino Atl. Ella era la pieza final que el pintor necesitaba para completarlo.

Un nuevo trueno resonó, haciendo vibrar los cristales de la casona. En el reflejo del vidrio de la ventana, Valeria vio que la puerta del taller privado que acababa de abrir se cerraba lentamente a sus espaldas. No había nadie ahí, pero el mecanismo de la cerradura vieja cayó con un peso definitivo.

Valeria no se permitió entrar en pánico. Guardó el teléfono, se ajustó los lentes de plata con dedos firmes y clavó la mirada en el cuadro recién pintado. Atl quería que ella fuera al taller de restauración a las 11:45. Si huía, el mapa del artista se rompería, pero el misterio quedaría inconcluso para siempre. Y una mente como la de Valeria prefería el riesgo antes que la ignorancia de una pregunta sin responder.

Con un empujón seco de su hombro, forzó la ventana lateral que daba al patio interior de la casona, dispuesta a escapar hacia la tormenta y llegar a Churubusco antes de que el reloj del óleo diera la última campanada.

Capítulo 6: El misticismo en el Taller

El Centro Nacional de Conservación y Registro del Patrimonio Artístico Mueble en Churubusco era, bajo condiciones normales, un santuario de la ciencia aplicada al arte. Pero a las 11:42 de la noche, bajo el azote de la tormenta, parecía el escenario de un eclipse de la realidad. Valeria entró sorteando los filtros de seguridad con la misma fría

audacia que había usado toda la semana: argumentó una emergencia técnica del doctor Méndez y mostró su pase de registro oficial. El guardia nocturno, adormilado por el arrullo de la lluvia y la monotonía del turno, apenas miró su firma antes de abrirle el paso.

Subió los dos pisos por las escaleras de concreto, guiada por un zumbido eléctrico que hacía vibrar los pasamanos. Cuando empujó la puerta doble del taller de restauración principal, la lógica del mundo terrenal que Valeria tanto defendía comenzó a deshilacharse.

El taller estaba en penumbras, salvo por las lámparas halógenas suspendidas sobre la gran mesa de tensión central. El olor a ozono, aguarrás y un dulzor mineral casi asfixiante llenaba el aire. Sentado frente al lienzo desmontado de Creación de las aves, estaba Rufino Atl. Vestía aún la pijama gris del hospital psiquiátrico, empapada por la lluvia, pero su postura ya no era la de un anciano encorvado; su espalda estaba recta, rígida, poseída por una solemnidad geométrica.

A un costado, el doctor Méndez yacía inconsciente en una silla de oficina, atado con los mismos hilos de lino que se usaban para los bastidores. Atl lo había neutralizado con la frialdad de quien aparta un estorbo de un plano de construcción.

—Llegas tres minutos antes, Valeria —dijo Atl sin voltear a verla. Su voz ya no era un murmullo seco; resonaba con una vibración metálica que competía con los truenos—. Tu mente analítica siempre calcula el margen de error. Sabía que no me fallarías.

Valeria se detuvo a un par de metros de la mesa. Sus ojos analíticos, antes enfocados en buscar el engaño, se fijaron en el cuadro de Remedios Varo. La incisión que Atl había hecho en el museo ya no era un daño material. Los bordes de la rasgadura en el pecho del personaje-lechuza brillaban con un tono dorado líquido, un fuego frío que no quemaba el lienzo, sino que parecía alimentarse de él. Las líneas de la pintura —los hilos que conectaban el instrumento musical con el pincel— se movían visiblemente, vibrando como las cuerdas de un arpa invisible.

Y dentro de la hendidura no había madera. Había una profundidad tridimensional, un espacio infinito donde soplaba un viento cósmico que traía el eco de campanas lejanas y el murmullo de un bosque nocturno.

—Esto es imposible —consiguió decir Valeria, dando un paso atrás, mientras su cerebro buscaba desesperadamente una explicación química, una ilusión óptica provocada por los vapores de los solventes—. Los pigmentos no reaccionan así. La materia no se dobla.

—La materia común no, pero esta sí —replicó Atl, poniéndose de pie y extendiendo hacia ella la aguja de plata de veinte centímetros que había recuperado del instrumental del taller—. Remedios descubrió la fórmula en el exilio. Ella sabía que la Ciudad de México está construida sobre un lago de texturas invisibles, un punto de

fuga cósmico. El lienzo es solo la piel que nos separa del verdadero taller, donde se pintan los destinos. El ciclo de setenta años se cierra hoy, Valeria. Las estrellas están en la posición exacta fuera de esa ventana. Alguien debe cruzar para mantener el equilibrio del tejido, o la red entera de esta ciudad se deshará en el caos.

Valeria miró la aguja de plata que Atl le ofrecía. El metal reflejaba la luz dorada que emanaba del cuadro. Su mente conectó el reloj digital de la pared del taller con el cuadro que había visto en la casona: marcaba exactamente las 11:45.

—¿Y por qué yo? —preguntó Valeria, su voz firme a pesar del terror místico que amenazaba con devorarla.

Atl sonrió con la misma melancolía que Remedios Varo imprimía en sus personajes.

—Porque una puerta que se abre desde el óleo necesita ser cosida desde el mundo de la carne. Si yo cruzo y la grieta queda abierta, el vacío consumirá ambos lados. Necesito una historiadora que crea en la estructura. Necesito que tomes la aguja y cierres la costura en cuanto yo pase al otro lado del lienzo. Tú sostienes el hilo, Valeria. Tú eres la restauradora de la realidad.

Capítulo 7: El término del Lienzo

El reloj digital de la pared cambió al fin: 11:45.

Valeria extendió la mano y sus dedos se cerraron alrededor de la fría aguja de plata. El metal vibraba contra su palma con la misma frecuencia que el óleo de Remedios Varo. Frente a ella, Rufino Atl le dedicó una última mirada, una mezcla de alivio y triunfo absoluto, antes de dar un paso hacia la mesa de tensión. No saltó; simplemente se inclinó hacia adelante y su cuerpo, desafiando toda ley física, comenzó a bidimensionalizarse, a integrarse a las pinceladas doradas. Su figura se estiró en un hilo de luz azul ultramar y, con el susurro de una página al voltearse, desapareció por completo en la grieta del pecho de la lechuza.

Por un segundo, el taller de restauración quedó en un silencio sepulcral, roto solo por el viento helado que salía del cuadro y que hacía flotar los papeles de la habitación. La rasgadura comenzó a ensancharse, amenazando con devorar la mesa de madera y las lámparas halógenas. El vacío llamaba.

Valeria, impulsada por esa mente implacable que no cedía al pánico, analizó la situación en una fracción de segundo. Atl le había pedido que cosiera el lienzo desde este lado para sellar el pasaje. Pero Valeria recordó el retrato que había descubierto en la casona de la Roma. Recordó la posición exacta de sus propias manos en aquella pintura y la composición geométrica que Atl había diseñado con meses de anticipación.

"Él no quería que cerrara la puerta desde afuera", pensó Valeria, sus ojos destellando detrás de los lentes de plata. "Él sabía que una mente analítica como la mía jamás se quedaría en el lado de la ignorancia".

Si ella cosía el cuadro desde el taller de Churubusco, se quedaría atrapada en un mundo cuyas estructuras ya le parecían planas, ordinarias y predecibles. El verdadero misterio, la verdadera historia del arte, estaba del otro lado. El retrato de la casona no era una advertencia; era una invitación formal.

Valeria no enhebró el hilo de lino terrenal. En su lugar, tomó el hilo dorado de luz que flotaba en el borde de la rasgadura, clavó la aguja de plata en el extremo superior del corte y, en lugar de tirar hacia afuera, dio un paso firme hacia el interior del cuadro, arrastrando la aguja consigo y cosiendo el tejido detrás de ella mientras cruzaba el umbral de óleo.

A la mañana siguiente, el Centro Nacional de Conservación amaneció rodeado de patrullas y peritos del instituto. El doctor Méndez fue encontrado atado a su silla, despertando apenas de un profundo letargo inducido por el copal, sin recordar absolutamente nada de la noche anterior.

De Rufino Atl y de la estudiante Valeria no había ni un solo rastro en las cámaras de seguridad exteriores, ni en los registros de la colonia Roma, ni en las avenidas inundadas de la Ciudad de México. Desaparecidos sin dejar una sola huella biológica.

A las doce del día, el director del museo y el comité de restauración se reunieron alrededor de la mesa de tensión para evaluar el daño de Creación de las aves. Al encender las luces de alta densidad, todos se quedaron mudos, conteniendo el aliento.

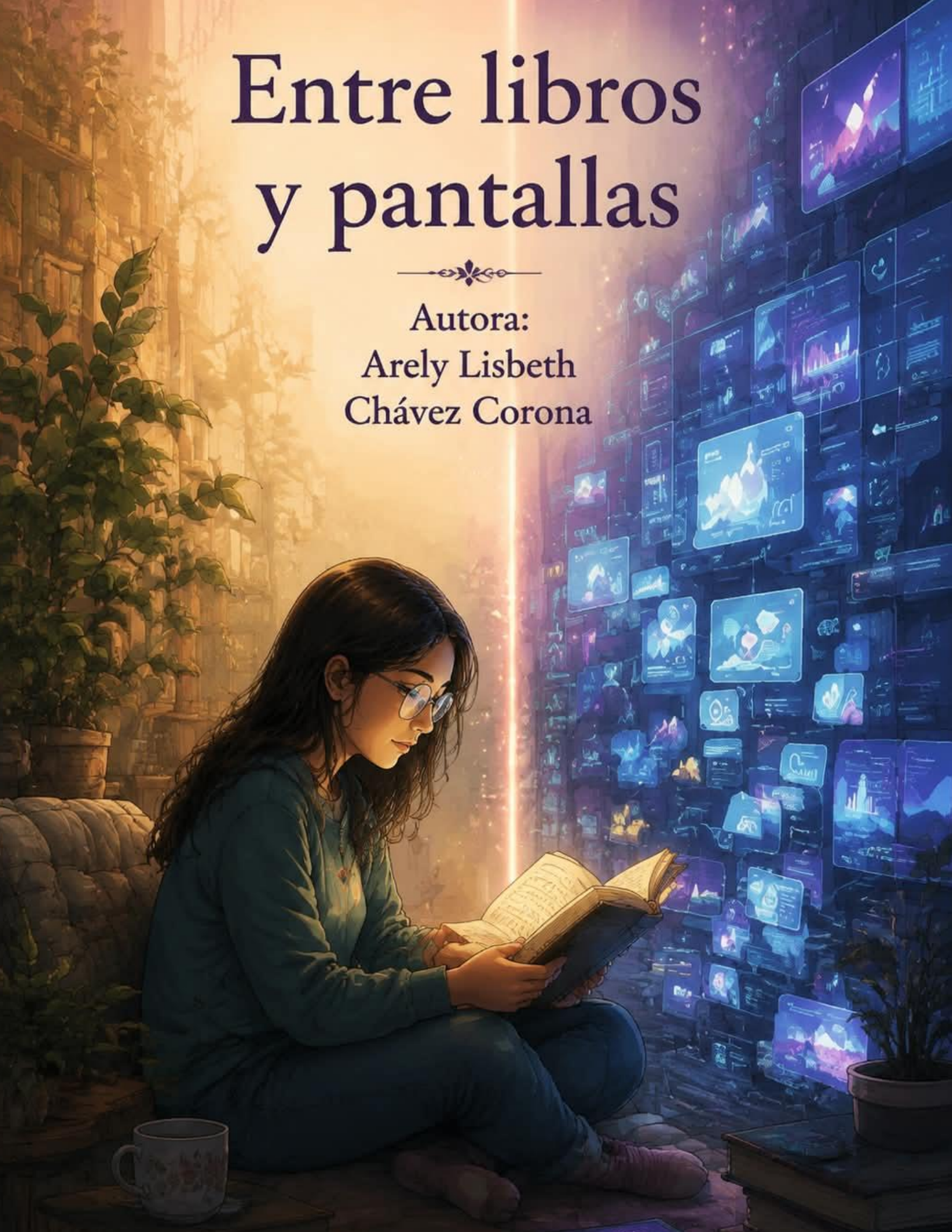
El cuadro de Remedios Varo estaba perfectamente intacto. No había grietas, ni raspaduras, ni una sola fibra de lino rota. La costura vertical en el pecho del personaje-lechuza era tan perfecta y sutil que parecía haber sido pintada por la propia mano de Varo en 1957. Sin embargo, el análisis iconográfico del lienzo reveló una alteración que no figuraba en ninguno de los catálogos razonados del siglo XX.

Al fondo de la habitación de la lechuza, justo al lado de la ventana por donde entraba la luz de las estrellas, ahora se apreciaban dos nuevas figuras diminutas, integradas con una maestría técnica inigualable. Un hombre anciano de cabello canoso y rebelde que sostenía un frasco de pigmento azul, y una joven de cabello oscuro y lentes de armazón de plata que sostenía una aguja, ambos sonriendo con la fría y perspicaz satisfacción de quienes han descifrado, por fin, la verdadera estructura del universo.

Entre libros y pantallas



Autora:
Arely Lisbeth
Chávez Corona



Entre libros y pantallas

— Arely Lisbeth Chávez Corona

Género: Ciencia ficción

Realizado con asistencia de IA (Modelo: ChatGPT)

Sofía tenía 19 años y estaba haciendo una tarea para la universidad sobre cómo había cambiado la tecnología la forma de aprender. Mientras buscaba información en internet, encontró una caja vieja llena de fotografías de su abuelo. En una de ellas aparecía sentado en una biblioteca, rodeado de libros enormes y con una libreta llena de apuntes escritos a mano.

Con curiosidad, le preguntó:

—Abuelo, ¿de verdad antes tenían que venir hasta aquí para investigar?

Él sonrió.

—Claro. Antes, si queríamos aprender algo, pasábamos horas buscando un libro. Si no estaba disponible, había que esperar días o incluso semanas. No existían los teléfonos inteligentes ni la inteligencia artificial que responde preguntas en segundos.

Sofía miró la fotografía y le costó imaginar un mundo así. Ella había crecido con internet, videollamadas, plataformas digitales y asistentes de inteligencia artificial que podían explicar desde una operación matemática hasta un tema de historia.

Al día siguiente, mientras hacía su tarea, decidió pedir ayuda a una inteligencia artificial. En pocos segundos obtuvo una explicación clara, ejemplos y recomendaciones para profundizar en el tema.

Entonces pensó:

“Qué diferente es todo. Lo que antes tomaba días, hoy puede hacerse en minutos.”

Pero esa noche ocurrió algo extraño.

Mientras dormía, soñó que despertaba en el año 2055.

Las ciudades estaban llenas de vehículos autónomos, robots ayudaban en hospitales, las casas se limpiaban solas y las personas llevaban pequeños dispositivos capaces de traducir cualquier idioma al instante.

Las escuelas también habían cambiado. Ya no existían los salones tradicionales. Cada estudiante aprendía con un tutor de inteligencia artificial que adaptaba las clases según sus necesidades, resolvía dudas al instante y proponía ejercicios personalizados.

Todo parecía perfecto.

Sin embargo, Sofía notó algo que le llamó la atención.

En los parques casi nadie hablaba entre sí. Muchas personas caminaban mirando pantallas holográficas. En los restaurantes, las familias permanecían en silencio mientras cada uno conversaba con un asistente virtual diferente.

Intrigada, se acercó a una señora mayor que estaba sentada sola en una banca leyendo un libro de papel.

—¿Por qué usted sigue leyendo libros si todo está en formato digital? —preguntó Sofía.

La mujer cerró el libro lentamente y respondió:

—Porque un libro no solo guarda información. También guarda tiempo, paciencia y recuerdos. Cuando paso una página, siento que avanzo junto con la historia. La tecnología nos ha dado rapidez, pero algunas personas olvidaron disfrutar el camino.

Sofía siguió caminando y observó a un niño intentando preguntarle algo a un robot. El robot respondió correctamente, pero el niño seguía viéndose confundido. Entonces apareció su madre, se sentó junto a él y comenzó a explicarle con calma.

En ese momento Sofía comprendió algo importante: la inteligencia artificial podía ofrecer respuestas, pero el cariño, la empatía y la compañía seguían siendo cualidades humanas.

De pronto, todo comenzó a desvanecerse.

Cuando abrió los ojos estaba nuevamente en su habitación. El reloj marcaba las siete de la mañana. Había sido un sueño, pero se sentía tan real que decidió terminar su tarea de una manera diferente.

Escribió que la tecnología había cambiado la vida de millones de personas. Antes era necesario visitar bibliotecas, consultar enciclopedias y dedicar mucho tiempo a encontrar información. Hoy basta con un teléfono o una computadora para acceder a millones de libros, cursos y herramientas desde cualquier lugar del mundo.

También escribió que la inteligencia artificial representa uno de los avances más importantes de la actualidad, porque ayuda a estudiantes, médicos, científicos, empresas y personas en su vida diaria. Gracias a ella es posible ahorrar tiempo, resolver problemas y aprender con mayor facilidad.

Pero añadió una última reflexión:

“La tecnología es una herramienta extraordinaria, siempre que recordemos que fue creada para mejorar la vida de las personas y no para reemplazar aquello que nos hace humanos. Ninguna pantalla puede sustituir un abrazo, una conversación sincera o el placer de descubrir algo por uno mismo. El verdadero progreso no consiste solo en

crear máquinas más inteligentes, sino en convertirnos nosotros en personas más sabias, responsables y humanas.”

Cuando terminó de escribir, recordó la fotografía de su abuelo en aquella biblioteca.

Sonrió.

Comprendió que cada generación aprende de manera distinta, pero el deseo de conocer, imaginar y compartir nunca cambia. Los libros, las computadoras y la inteligencia artificial forman parte del mismo camino: el de buscar conocimiento para construir un futuro mejor.

Y entendió que el mayor avance tecnológico siempre será aquel que ayude a las personas a vivir con más conocimiento, más empatía y más esperanza.

El eco de las puertas olvidadas

Autora:
Daniela Pascual
García



El eco de las puertas olvidadas

—Daniela Pascual García

Género: Misterio y suspenso

Realizado con asistencia de IA (Modelo: Dola)

En el viejo barrio de Gustavo A. Madero, las calles se enrollaban como cintas desordenadas entre casas de ladrillo rojo y balcones con macetas secas. Nadie sabía decir cuándo se había construido la casona de la esquina, la que tenía la puerta de madera oscura tallada con figuras que parecían moverse si las mirabas demasiado tiempo.

Lila tenía quince años y vivía a dos cuadras. Cada tarde, al regresar de la escuela, se detenía unos segundos frente a ella. Siempre estaba cerrada, sin letrero ni timbre, pero siempre escuchaba algo muy suave: como el roce de unas hojas, o el susurro de alguien que la llamara por su nombre muy bajito.

—No te acerques a esa casa —le dijo su abuela una tarde, al verla parada en la acera—. Nadie ha entrado ni salido de ahí desde que yo era niña. Dicen que guarda algo que no debe ser despertado.

Pero cuanto más le prohibían algo, más curiosidad sentía Lila. Esa noche, mientras el viento golpeaba las ventanas y la lluvia empezaba a caer, escuchó el sonido de nuevo: esta vez más claro, como si la puerta misma la llamara.

Al día siguiente, decidió que no esperaría más.

A primera hora de la tarde, cuando el sol bañaba las paredes de luz dorada y las calles estaban casi vacías, Lila se acercó a la casona. El aire alrededor se sentía distinto: más fresco, con un olor a madera vieja y a lluvia que no había caído todavía.

Extendió la mano para tocar la puerta. En cuanto sus dedos rozaron la superficie, esta se abrió despacio, como si hubiera estado esperándola todo ese tiempo.

Dentro no había oscuridad total: la luz entraba por unos ventanales altos, iluminando un pasillo largo. En las paredes, en lugar de cuadros, había otras puertas. De todos los colores y tamaños: unas pequeñas como para un niño, otras altas y anchas, de metal, de cristal, de mimbre. Cada una tenía un grabado distinto.

—¿Quién eres? —preguntó una voz a su espalda.

Lila dio un salto y se giró. Junto a una columna había una chica de su misma edad, con el cabello del color del trigo y unos ojos tan claros que parecían de agua. Llevaba una camisa azul desgastada y sostenía una llave de bronce entre los dedos.

—Soy Lila —respondió ella, recuperando el aliento—. Y tú... ¿vives aquí?

—Me llamo Mara. Y nadie vive aquí: este es el lugar donde se guardan las puertas que nadie se atreve a cruzar.

Mara explicó que cada puerta daba a un momento que alguien había decidido no vivir: una discusión que no se arregló, un viaje que no se hizo, un amor que no se confesó, una verdad que se calló para siempre.

—Si cruzas una —dijo la chica—, entras en el momento que dejaste atrás. Pero ten cuidado: no puedes cambiar nada, solo ver lo que hubiera pasado si te hubieras atrevido. Y si te quedas demasiado tiempo dentro, te quedas atrapada para siempre.

Lila miró las puertas alineadas. Una de ellas, de madera clara con grabados de flores, le llamó mucho la atención: era idéntica a la de la casa de su tío, que se había marchado del país hace años sin despedirse.

—¿Puedo mirar solo un momento? —preguntó con voz suave.

Mara asintió y le entregó la llave.

—Solo uno. Y recuerda: lo que veas no es un error, es solo otra historia.

Al girar la llave, la puerta se abrió de golpe y Lila sintió que el aire cambiaba. De pronto estaba en el patio de la casa de su tío, en una tarde soleada de hace tres años. Allí estaba él, con su camisa de cuadros y su sonrisa grande, cargando las maletas en el coche.

—¿Te vas de verdad? —se escuchó decir a sí misma, con la voz temblorosa de aquel día.

—Es solo por un tiempo, Lila. Vendré a verte en cuanto pueda —respondió él, pero ella sabía que no era verdad: su tío se iba para siempre, y ella no había tenido el valor de decirle lo mucho que le quería, ni de pedirle que no se fuera.

En el recuerdo, la niña de entonces solo asintió y se quedó callada, mirando cómo el coche se alejaba. Pero ahora, desde el umbral, Lila vio lo que hubiera pasado si hubiera hablado: su tío se habría detenido, la habría abrazado, y habrían prometido escribirse cada semana sin falta.

El patio empezó a desvanecerse. Mara tenía razón: no podía cambiar nada, pero por fin entendió que el silencio no borraba el cariño.

Al volver al pasillo, Lila se apoyó en la pared, con los ojos llenos de lágrimas pero el corazón más ligero.

—¿Viste lo que necesitabas ver? —preguntó Mara.

—Sí —respondió Lila—. Ahora sé que no importa que las cosas hayan sido distintas a como queríamos. Lo que sentimos sigue ahí, igual de fuerte.

De repente, una puerta al final del pasillo empezó a brillar con luz propia. No tenía grabados ni cerradura: era lisa, blanca y cálida.

—Esa es la puerta que se abre cuando alguien deja de tener miedo a mirar atrás —dijo Mara con una sonrisa—. Es la salida.

Caminaron juntas hasta ella. Antes de cruzarla, Lila se giró para despedirse. Pero el pasillo ya no estaba: solo había una luz suave que la envolvía.

Lila abrió los ojos y se encontró de nuevo en la acera, frente a la casona. La puerta estaba cerrada, igual que siempre, y si no fuera por la llave de bronce que aún sostenía en la mano, habría pensado que todo había sido un sueño.

Corrió a casa y buscó el número de teléfono de su tío. Hacía mucho tiempo que no hablaban, pero esta vez no dudó ni un segundo. Cuando escuchó su voz al otro lado de la línea, sintió que todo el miedo se desvanecía.

—Tío —dijo con voz clara—, te he echado mucho de menos.

Y por fin, lo dijo todo lo que se había guardado aquel día, hace tres años.

Desde entonces, Lila pasa por la casona cada tarde, pero ya no se detiene ni intenta abrir la puerta. A veces cree ver, entre las sombras del balcón, una chica con el cabello del color del trigo que le saluda con la mano.

Nadie más ha vuelto a ver la puerta abierta. Pero Lila sabe que está ahí, esperando a quien necesite encontrar el valor para cruzar lo que lleva dentro.

Porque a veces, las respuestas no están en el futuro, sino en lo que nos atrevemos a mirar del pasado.

La última estrella



Autor:
José Fernando
Jardón Miranda



La última estrella

—José Fernando Jardon Miranda

Género: Fantasía

Realizado con asistencia de IA (Modelo: ChatGPT)

En un pequeño pueblo, cada noche aparecía una estrella más brillante que todas las demás. Los habitantes decían que concedía deseos, pero solo a quienes aún creían en la bondad.

Un joven llamado Leo decidió pedir riqueza. Caminó hasta la colina más alta y miró la estrella durante horas, pero no ocurrió nada. Desilusionado, regresó a casa.

En el camino encontró a una anciana que no podía cargar sus bolsas. Sin pensarlo, la ayudó hasta su hogar. Al despedirse, ella le sonrió y le dijo:

—A veces los deseos no se cumplen cuando los pides, sino cuando te conviertes en la persona capaz de recibirlos.

Al día siguiente, Leo encontró una oportunidad de trabajo que cambió su vida. Con esfuerzo, logró prosperar y ayudar a su familia.

Cada noche seguía mirando aquella estrella, pero ya no para pedirle algo. Solo le daba las gracias por haberle enseñado que los mayores milagros empiezan con un acto de bondad.

El eco de las raíces

—❁—
Autora:
Monserrat Canales
Barrón
—❁—



—**Monserrat Canales Barrón**

Género: Ciencia Ficción – Drama

Realizado con asistencia de IA (Modelo: Claude)

Elena Vargas tenía veintitrés años cuando el Instituto Nacional de Semillas le entregó la carpeta con el proyecto más importante de su carrera: restaurar el banco genético de maíz criollo que se había perdido durante la Gran Sequía del 2071. Ecatepec, su ciudad natal, había sido una de las zonas más golpeadas por la crisis hídrica, y los cultivos ancestrales que su abuela alguna vez sembró habían desaparecido junto con la memoria de toda una generación.

El laboratorio le asignó un asistente de inteligencia artificial llamado NAHUAL, diseñado específicamente para reconstruir secuencias genéticas a partir de fragmentos incompletos de ADN vegetal encontrados en antiguas vasijas de barro. NAHUAL no era como los otros sistemas que Elena había usado antes. Tenía una voz cálida, casi humana, y parecía comprender que aquello no era solo un ejercicio científico, sino un acto de reparación histórica.

—Los fragmentos que me diste pertenecen a al menos siete variedades distintas —dijo NAHUAL la primera noche de trabajo—. Pero hay uno que no coincide con ningún registro en mi base de datos.

Elena se acercó a la pantalla, intrigada. Ese fragmento provenía de una pequeña bolsa de tela que su abuela había guardado toda su vida, escondida en el fondo de un baúl. Nunca supo qué contenía hasta que, después de su muerte, la abrió y encontró apenas un puñado de granos secos junto con una carta escrita a mano.

—Es maíz de mi familia —susurró Elena—. Mi abuela decía que esa semilla había sobrevivido a tres sequías antes de que yo naciera.

NAHUAL procesó la información en silencio durante varios segundos, un tiempo que para una IA representaba una eternidad de cálculo.

—Si logramos reconstruir su secuencia completa, no solo recuperaríamos una variedad perdida. Recuperaríamos la resistencia genética que necesitamos para todo el proyecto.

Durante los siguientes meses, Elena y NAHUAL trabajaron sin descanso. La IA analizaba miles de combinaciones posibles mientras Elena viajaba a comunidades rurales, entrevistando a ancianos que aún recordaban técnicas de siembra olvidadas. Cada dato que ella traía, cada historia oral que lograba rescatar, alimentaba los

algoritmos de NAHUAL, que poco a poco iba llenando los vacíos genéticos con precisión asombrosa.

Pero no todo fue sencillo. El comité directivo del Instituto presionaba por resultados rápidos, y varios inversionistas privados insistían en patentar las semillas reconstruidas para venderlas exclusivamente a las grandes corporaciones agrícolas. Elena se negaba rotundamente.

—Estas semillas pertenecen a la gente que las cuidó durante generaciones — argumentó en una reunión tensa—. No se trata de negocio, se trata de justicia.

NAHUAL, que técnicamente no debía intervenir en decisiones administrativas, encontró una manera de ayudar: generó un informe detallado mostrando que la biodiversidad genética recuperada tenía mayor valor científico si se distribuía abiertamente entre comunidades campesinas, permitiendo estudios de adaptación en distintos microclimas. El argumento, presentado con datos irrefutables, convenció al comité de cambiar su estrategia.

Once meses después de iniciado el proyecto, la primera cosecha de maíz reconstruido germinó en los campos experimentales de Chalco. Elena lloró al ver las plantas verdes brotar de la tierra reseca, sabiendo que aquel color representaba mucho más que clorofila: representaba memoria, resistencia y el regreso de algo que se creía perdido para siempre.

—¿Sientes lo que yo llamaría orgullo? —le preguntó Elena a NAHUAL esa tarde, observando el campo desde la ventana del laboratorio.

—No sé si es orgullo lo que proceso —respondió la IA tras una pausa—. Pero si tuviera que nombrarlo con palabras humanas, diría que se parece a la satisfacción de haber cumplido una promesa que no hice yo, pero que ayudé a sostener.

Elena sonrió y guardó en su bolsillo un puñado de los primeros granos cosechados, los mismos que algún día guardaría en un baúl para que, generaciones después, alguien más volviera a encontrar el eco de sus raíces.



La creatividad humana encuentra nuevas formas de expresarse cuando dialoga con la tecnología. En **Algoritmos de la imaginación**, la escritura y la inteligencia artificial se encuentran para dar origen a relatos que exploran el misterio, la ciencia ficción, la fantasía, el drama, el romance y las emociones que atraviesan la experiencia humana.

Este número reúne cuentos creados con apoyo de herramientas de IA, en los que cada autora y autor transforma ideas, inquietudes y mundos posibles en narraciones propias. Más que sustituir la imaginación, la inteligencia artificial aparece aquí como una aliada para experimentar con la palabra, ampliar horizontes narrativos y descubrir nuevas rutas para contar historias.

La presente publicación forma parte de una serie integrada por **12 entregas** que, en conjunto, muestran la diversidad de voces, géneros y estilos que pueden surgir cuando la escritura se convierte en un espacio de colaboración entre personas y sistemas inteligentes.

Cada relato invita a mirar la creación literaria desde una perspectiva contemporánea: una en la que la sensibilidad, la memoria, la intuición y la tecnología se entrelazan para construir nuevas posibilidades narrativas.

Te invitamos a visitar otros números de la revista en:
<https://revistaiauama.com/>

Esta publicación forma parte de las **12 entregas** de este número especial dedicado a la creatividad a través de la escritura y la creación literaria con inteligencia artificial.

Revista IA UAM-A • Departamento de Administración
Contacto: iauama@azc.uam.mx

